

ANUNCIOS

PAGO ANTICIPADO

Se suscribe en la Administración, calle de Anselmo Aracil, 10, (bajos) Alcoy, á donde se dirigirá toda la correspondencia.

NUMERO SUELTO 5 CTS.

EL MOVIMIENTO

SEMENARIO REPUBLICANO

SUSCRIPCIONES

PAGO ANTICIPADO

Alcoy, un mes 0'25 pesetas. — Fuera, un trimestre 1 peseta. — Anuncios y esquelas, precios convencionales.

NUMERO SUELTO 5 CTS.

Año V N.º 47

Alcoy.---Sábado 28 de Diciembre de 1901

2.ª época

Nuestra despedida

Circunstancias que consideramos un deber exponer á nuestros abonados con la claridad debida, y que más abajo manifestaremos sin embozo alguno, porque siempre fué la lealtad, hermana carnal de la franqueza, la norma de nuestra conducta, nos obligan con todo el dolor de nuestra alma, hoy más republicana que nunca, de pasa dicho sea, á poner en concimiento de nuestros suscriptores que con el número de hoy, termina desgraciadamente la publicación de EL MOVIMIENTO.

Grandes satisfacciones sabemos que vamos á proporcionar á los reaccionarios alcoyanos y sobre todo á la fiera clerical, vaciando nuestro corazón al público con las espontáneas declaraciones que nos proponemos hacer, como digno testamento de una Redacción que pudo equivocarse en este ó el otro sentido durante su corta vida, pero que siempre fué honrada, porque siempre fué leal, ya que en todas ocasiones ataoó lo que creyó digno de vituperio y defendió lo que entendía justo con arreglo á su conciencia. Pifia política, ciertamente, es hablar el lenguaje de la sinceridad, lo sabemos, en estos menguados tiempos de convencional lenguaje y pulimentadas farsas; pero nada nos importa lo impolítico de nuestra conducta, que tantos ganapanes y cómicos de la legua del político montón, calificarán sin duda de ángel bobo, con tal que ésta sea buena y propia de hombres honrados.

Hechas, pues, las anteriores manifestaciones, pasamos á exponer ya con la llaneza prometida las causas que nos han obligado á tomar la triste determinación de suspender la salida de EL MOVIMIENTO.

Hace ya bastante tiempo que el sostenimiento de nuestro Semanario venía resultando una carga harto pesada para los contados amigos que le alimentaban con su subvención, ¿por qué no decirlo? porque la venta y suscripción de EL MOVIMIENTO habían disminuido de manera bastante sensible, sin acertar el por qué, pues no podemos creer que influyeran en contra nuestra, como algunos pretenden, las malas artes empleadas por *El Siglo Católico* para combatirnos, al calificar de pornográfica, inmoral y anticatólica nuestra publicación. Sabido es que este papel inquisitorial no podía hablar de otra manera, tratándose de un periódico tan liberal como el nues-

tro, y por consecuencia, á nadie ha podido extrañar que nos hayan dado los antedichos calificativos esas momias medioevales del periódico clerical antes nombrado, ya que lo que ha dicho de nosotros es precisamente lo mismo que á diario está diciendo, con sus compañeros de tinieblas, de toda publicación que rinde culto al progreso, al derecho y la libertad. Hay, pues, que descontar por tanto como absurda, hipótesis semejante.

La disminución, pues, como antes ya hemos dicho, en la suscripción y venta de nuestro periódico, se acentuó de modo tal en las últimas semanas, por causas que desconocemos, aunque desde luego aseguramos que no fué la nombrada de *El Siglo Católico*, que la carga de seguir sosteniendo á EL MOVIMIENTO, hemos venido, por fin y con harto sentimiento nuestro, á considerarla insostenible ya, para seguir publicándole.

He aquí, pues, expuesta en tan concisas como desusadas frases, por lo francas, la causa determinante de la muerte de nuestro periódico.

Mucho sentimos al moriren el día de hoy, que se nos hayan quedado en cartera una porción de asuntos graves que teníamos que tratar en defensa de este pueblo desdichado, víctima de los políticos que le dirigen y que tanto ganan con nuestra desaparición, como pierde Alcoy con ella; pero no queremos morir sin dedicar por lo menos cuatro líneas á esa desdichadísima cuestión del Cementerio Viejo, por la que tanto en vano hemos clamado y que constituye en nuestro concepto una picota moral para las autoridades civiles y eclesiásticas de Alcoy, por el increíble estado de abandono en que se encuentra esa ciudad sagrada de los muertos, ya que los guardas que se pagan con el dinero de Alcoy para esa finca del Clero, no basta á justificar en modo alguno que se deje continuar en el estado de abandono en que se encuentra ese desdichado Campo Santo, tan cuidadosamente custodiado ayer por el Clero alcoyano, cuando era finca productiva, como desatendido y olvidado por el mismo, desde que solo ya produce los beneficios fijos que aseguró un contrato de clausura y en virtud de los cuales cobran mil pesetas anuales el Clero de Santa María, y quinientas el de San Francisco. Pero no perdamos más el tiempo hablando de este triste asunto, porque no habiéndonos hecho caso alguno sobre el mismo, cuando estábamos en ple-

na salud, menos caso nos pueden hacer hacer hoy, en que nos ven moribundos.

Solo nos resta, para concluir, el dar nuestras más cariñosas gracias á todos nuestros suscriptores por el tiempo que nos han favorecido con su honroso abono á EL MOVIMIENTO, cuya Redacción se retira más republicana que antes, si cabe, á los gritos mágicos de

¡Viva el pueblo soberano! ¡Viva Alcoy!

ELÉCTRICA

Con el término del año nos encontramos con un nuevo desengaño.

Los primeros estadistas y políticos españoles proclamaron solemnemente en las Cortes, no una sino varias veces, que se imponía una revolución, un cambio radical tan inevitable, que si los gobiernos no lo hacían desde el Poder, acudiría el pueblo á realizarlo en las calles. Y esto no admitía demora según los augurios de los sibilas militantes.

Tres años bien contados van transcurridos desde que, por primera vez y á raíz de los desastres coloniales, se soltó la terrible profecía sin que la revolución aparezca por parte alguna. Que desde el Poder no se ha de hacer, lo tenemos descontado desde un principio, pues los partidos gobernantes no lo pueden intentar, por cuanto para ellos la revolución es la consumación de un suicidio, y el instinto de conservación ha de ser siempre insuperable obstáculo.

No queda, pues, más que el otro término del dilema, máxime cuando ni se cumple ni puede cumplirse el primero. La precisa é inevitable revolución la ha de hacer el pueblo en las calles, pero nos parece que podemos sentarnos sin miedo á que nos coja desprevenidos.

Sin ser políticos, ni estadistas, ni expertos en eso de tomar el pulso á los acontecimientos, nos ca...chifollamos con el famoso dilema y con sus propaladores y, echando nuestro cuarto á espadas, hacemos nuestro pronóstico sin temor á que nos llamen fatuos ni jactanciosos, pero con la seguridad de que el acierto ha de coronar nuestro dilema.

La revolución, ó la hacen las naciones extranjeras de su cuenta y riesgo, ó en el plazo improrrogable de un año la hace la Tierra alrededor del Sol.

EFETE.

¡FATALIDAD!

¿Quieren ustedes que hagamos algunas cuentas? ¿Por qué no? Las matemáticas tienen una injusta fama de aridez. La algoritmia resulta á veces muy divertida por lo antidinástica.

Así, verbigracia: ¿cuánto calculan ustedes que gana, cobrando en oro sus consignaciones, la real familia? Pues fijando el importe de las pensiones en 9.400.000 pesetas, en números redondos, que para tal atención señala el presupuesto que ahora se discute, cada día que los cambios suben al 40 resultan beneficiados los beneficiarios, en la cantidad de 41.205 reales. O en otros términos:

que siendo la asignación de la Real Casa la suma de

103.013 reales diarios,

alcanza, por efecto de la subida de los cambios, á la de

144.218 reales todos los días.

Bien es verdad que en este negocio hay que tener en cuenta las cantidades que de la dotación real ha renunciado en diferentes épocas la regente en nombre de su augusto hijo. ¿A cuánto han ascendido estas renunciaciones? ¿Te acuerdas tú, Fabio? Yo creo recordar que, en conjunto, importan dos millones. Y esto me sugiere otro cálculo aun más curioso que el anterior. Siete millones menos dos, son cinco millones, que es lo que á la sazón percibe S. M. Pero esta cantidad, cobrada en francos asciende exactamente, estando los cambios al 40 á los siete millones de maras. ¡Singular coincidencia! No se diría que el destino mismo está empeñado en hacer vana é ilusoria la regia liberalidad?

Así va el mundo, Fabio amigo. Lo que uno pierde otro lo gana. El que paga en oro el importe nominal de lo que debe, como si francos y pesetas estuviesen á la par, pierde ó deja de ganar, que tanto monta, el precio del cambio; el que cobra, lo adquiere. El uno paga más de lo que dicen que debe; el otro recibe más de lo que importa su crédito. Tanto mejor para la real familia. Tanto peor para el país. La vida mercantil está llena de esos conflictos entre intereses encontrados. Es la ley de la competencia. ¡Dichoso aquel que, en el orden económico, pueda hacer predominante su interés, venciendo al interés de enfrente!

Menos mal si á esto se redujera el quebranto. Con no ser grano de anís los susodichos 41.205 reales cotidianos, apenas merecerían mención si su adquisición por la real familia representase para el país la pérdida de otros 41.205 reales correspondientes. Sería un aditamento otorgado por nuestra nativa generosidad, á lo que llamó Romero, en días para él mejores, «la más alta expresión de nuestro poderío». Lo grave es que la familia real no percibe ese sobresueldo sino por razón del deplorable estado económico y financiero á que nos han reducido los partidos dinásticos. El fenómeno económico que da á esa familia más de ocho mil pesetas de suplemento cada día, es exactamente el mismo que arruina nuestro comercio, eleva los precios de todo hasta hacer imposible la vida, y reduce á la miseria infinidad de otras familias. Sin nuestra ruina, sin nuestro descrédito, esa ganancia sería imposible. Esa ganancia crecerá exactamente en la misma proporción en que nuestro crédito merme.

La oposición de intereses no puede ser más evidente. ¡Triste sino el de la monarquía! En lo grande como en lo pequeño, en lo político como en lo económico, siempre su interés se ha hallado en pugna con el interés nacional. Ha sido este un hecho constante en nuestra historia desde que España es propiamente España. Recién formada la nacionalidad, hacían aquí falta monarcas autóctonos que prosiguieran en paz la obra esbozada por los católicos reyes; vino Carlos V, más emperador de Alemania que rey de España, extraño á nuestro carácter, costumbres y lengua, que nos sacrificó á sus conveniencias, á sus rivalidades, á sus pasiones, á sus grandezas de aparato, á su loco ensueño de monarquía universal. En tiempo de Felipe II exigía el interés nacional que España siguiera el movimiento reli-

gioso, científico y filosófico de Europa, incorporándose a la corriente civilizadora del Renacimiento y la Reforma; aquel sombrío personaje cerró la frontera a las ideas, nos incomunicó con el mundo y extinguió los destellos del libre genio nacional en las hogueras del Santo Oficio. Tras un reinado tan retumbante como funesto, precisaba una administración prudente que restañara las heridas de la patria y atajara la hemorragia de una nación que se moría; Lerma expulsó a los moriscos, y el imbécil Olivares suscitó la guerra de Cataluña y la separación de Portugal. Bebiendo aceite bendito el endemoniado Carlos II llegó a vivir lo suficiente para otorgar aquel testamento en que se funda la legitimidad borbónica y que nos costó, tras larga y asoladora guerra civil y extranjera, la pérdida de todos los restos que aun conservábamos en Europa de nuestra pasada grandeza.

La singular naturaleza (*singularis natura*, que decía Pío IX, con referencia a otro individuo de la familia) la singular naturaleza de Felipe V le hacía esclavo de sus mujeres, y la imperiosa Isabel de Farnesio se sirvió de su ascendiente para convertirnos en instrumento de sus ambiciones maternas. Bajo Carlos III, los patriotes de nuestro muy amado soberano atrajeron toda especie de desventuras sobre la triste España, uncida por los pactos de familia al carro de la regia parentela. El amigo íntimo de la mujer de Carlos IV abrió al invasor extranjero las puertas de la patria. Tras haber vendido a España en público y solemne contrato, aquel chulo coronado que se llamó Fernando VII abolió a su regreso la Constitución de 1812, premió con muertes, prisiones y destierros a los patriotas que defendieran la independencia del país mientras él la enajenaba; llamó más tarde a los franceses para que le ayudasen a ahogar la libertad; perdió la América y sometió a sus súbditos al yugo más oprobioso y grosero de que se conserva memoria. El reinado de doña Isabel II fué todo él una conspiración incesante urdida en Palacio contra las libertades y los derechos de la nación. Tras el breve interregno revolucionario vino luego la restauración corruptora que ha acabado por convertir a España en una verdadera sentina. La regencia actual liquida con la pérdida para la patria de colonias, honor y fortuna. Dentro de pocos meses un niño de diez y seis años, discípulo del padre Montaña y de don Fernando Brivea y Salvatierra, regirá nuestros destinos....

Tal es, en breve resumen, la historia de la hispana monarquía. De ella se infiere que desde los comienzos del siglo XVI, casi desde el día en que nace la nacionalidad española, los intereses de la monarquía vienen siendo en España opuestos a los de la patria. ¿No es, en verdad, cosa notable ver cómo en nuestros días se reproduce esa oposición por efecto de fenómeno económico accidental como el premio del oro y la elevación de los cambios? ¿No se diría que hay algo intrínseco en una incompatibilidad que así se manifiesta en todas las esferas de la vida y viene manteniéndose sin interrupción por espacio de cuatro siglos? ¿No parece que exista una fatalidad, algo semejante al *ananá* de los helenos, empeñada en convertir en enemigos irreconciliables a la nación y la corona? ¿Y no hay motivos para imaginar que un destino no menos burlón y maleante que, implacable añade hoy el sarcasmo al rigor representándonos aquella contraposición eterna de intereses por los 41.205 reales del pico?

Los efectos de tan sensible oposición han de afectar penosamente a los monárquicos. Nosotros, los republicanos, podemos a lo menos tener el alma en paz. Las almas realistas no pueden menos de sentirse desgarradas al ser solicitadas en opuestos sentidos por la fidelidad y por el patriotismo, por la adhesión a sus reyes y por el amor a su país. Así debieron experimentar un día los súbditos de los Carlos, Felipes, Fernandos é

Isabeles. Y hoy mismo, ¿cómo no ha de ser doloroso para un Urzáiz, cuando trata de poner remedio al alza de los cambios, eso de pensar que, de paso que presta a la patria un señalado servicio, se esfuerza por mermar los beneficios de su rey y natural señor?

Alfredo CALDERÓN

La Timba Nacional

Como si la moral pudiera también expropiarse por causa de utilidad pública como se expropia un terreno ó un edificio cualquiera, los cristianos y pudibundos gobiernos de la regencia monárquica que venimos padeciendo desde tantos años há, deben de haber pretendido también y, por lo visto, expropiar de la conciencia humana a la moral, a fin de creerse autorizados para poder explotar impunemente, como a tahures privilegiados, ese juego de azar llamado Lotería Nacional, tan oportuna como gráficamente calificado por Leopoldo Cano, de Timba Nacional, en su tan sentida como justamente celebradísima producción dramática *La Pasionaria*.

Porque no se comprende de otro modo, que gobiernos que se muestran tan austeros y celosos en perseguir ese terrible y tan funesto vicio del juego que tantas lágrimas cuesta y ha dado lugar a tanto y tanto crimen en esta vida sean, a la vez, los primeros tahures del País, jugando a la Lotería por cuenta y a nombre de éste, a no creerse autorizados para semejante vicio, en virtud de esa expropiación de la moral, a que antes nos hemos referido.

Mas como por fortuna, para esa moral no existe ley de expropiación forzosa por causa de utilidad pública, la cual utilidad la tiene completamente sin cuidado, cuando se opone a la fuerza de sus preceptos y máximas; como las leyes morales no son como tantas de esas políticas que se dictan en beneficio tan solo de estos ó los otros particulares intereses; como existe una moral ministerial y otra de oposición; una para los que mandan y otra para los que obedecen; una para el débil y otra para el fuerte; como las justicias y severidades de esa ceñuda y augusta señora de la moral son iguales para todos, en virtud de la universalidad de sus preceptos que no distinguen entre grandes ni chicos, gobernantes ni gobernados; como no existe, finalmente, una moral colectiva y otra para el individuo, de ahí que digamos que tan tahures resultan para ella los gobiernos y sus Estados que juegan a la Lotería, como los banqueros que tallan al monte al frente de una partida; gobiernos que debieran ser perseguidos, sin duda alguna, si en lugar de encontrarse la fuerza bruta a disposición del delincuente, se hallara ésta al servicio de la moral, tan hollada en nuestros días por los tahures oficiales, perseguidores de su propio oficio sin saberlo, al perseguir el juego.

Pero como la moral que dirige a los gobiernos y a tantos hombres del día no es esa moral divina que a todos nos hizo iguales, sino esa otra especial que el mundo se ha fabricado para su provecho y conveniencia y por eso la hizo de goma, de ahí que la persecución del juego por parte de estos gobiernos, lejos de considerarla meritoria, por más que en sí resulte buena, nos produzca el mis-

mo efecto que aquel que nos causaría el dueño de un garito denunciando a la autoridad al de su oficio de enfrente, no por móviles honrados, sino por puro egoísmo, para engrosar su partida con los puntos en dispersión del denunciado rival.

El Padre Sarmiento

Muchos amigos nos instan a que demos la merecida respuesta a los triviales ataques que a nuestra campaña y a nuestras gentes dirige de algún tiempo acá el desventurado Padre Ramón Sarmiento, individuo que fué de la Compañía de Jesús.

A decir verdad, todo cuanto pueda hacer y decir dicho Padre, lleva desgraciadamente el sello de ignominia que a vuelta de apostasias, de ficciones, de engaños y de vergonzosos renuncios ha ganado para sus cosas el autor.

El señor Sarmiento confiesa ahora que todo cuanto ha dicho en un año contra la Compañía de Jesús, era pura calumnia é invención suya. Antes había dicho que era calumnia é invención cuanto dijera contra los librepensadores que hoy fustiga.

Dice también que las calumnias contra la Compañía las inventó obligado por el hambre. Es posible que por comer antes hubiese defendido la Compañía. Esperemos su confesión de mañana: tal vez confiese que lo que hace y dice contra nosotros, lo hace porque se lo exige el que le quita el hambre.

El hambre tiene derechos extraordinarios. En la historia se lee que hostigados por el hambre, las madres llegaron a comer sus propios hijos. El P. Sarmiento dice que, obligado por el hambre abofeteó a su santa Madre la Compañía de Jesús. ¿A quién no abofeteará el día que su santa Madre le dé el bocado de pan a condición de que ultraje al uno ó al otro? Respetemos, pues, el hambre y respetemos.... la desgracia del hombre a quien sus vicios hacen padecer hambre canina.

No aumentemos sus penas. Para matar el hambre, Sarmiento se aboca a los remordimientos. La Compañía de Jesús que le quitó por espacio de muchos años el hambre, ha sido la primera abofeteada por el hijo hambriento.

Cuando la Compañía se negó a saciar su hambre, le recogió de la miseria el señor Ferrándiz, que le hizo el honor de sentarle a su mesa y de admitirle en el trato familiar. Era, pues, justo que el día que hambrease, abofeteara a su segundo bienhechor que hizo de padre al hijo lanzado al arroyo por su madre.

Un día nosotros le encontramos hambriento: hicimos cuanto pudimos para quitarle el hambre: no le pedimos que abofeteara a nadie.

No hace dos meses el P. Sarmiento preparó un lazo al señor Pey-Ordex: el lazo se rompió y se halló cogido en la trampa el propio autor. No nos fijemos en lo que dice hoy el honrado, virtuoso y angelical P. Jesuita que ha apestado con sus vicios, los más inmundos, a media España, haciéndose en todas partes intolérable.

Si llama a las puertas de alguno de nosotros, ya lo sabe: déle el pan para que no muera; pero dénselo con tenazas, porque es tan péfido que luego de digerido, coge el propio excremento y lo arroja a la cara de su bienhechor.

Hoy hace diez y siete días llegó a nuestra redacción, como confidencia segura, que al P. Ramón Sarmiento y al expicador de toros don Antonio Martínez (alias Memento) se les había visto bajar de un coche el día anterior y entrar en el Colegio de los Padres jesuitas, de la calle de Caspe. El objeto de tal visita era pedir a los Padres que subvencionaran por sí ó por medio de otras personas, la publicación de un semanario creado para combatir y difamar la Asociación sacerdotal y a sus asociados, y que por falta de elementos no podían co-tear el número seis.

Se nos dijo que los Padres, por fin, ofrecieron la subvención, a condición de que el P. Sarmiento hiciese constar públicamente que era falso cuanto había escrito contra los jesuitas.

Vimos que en efecto el periódico aparecía con retraso a dos días de verificada la entrevista; pero nos negamos a darle crédito. Vimos la vergonzosa retractación, y a pesar de ella creímos que tanto podía ser un mérito para algún futuro proyecto del ingenioso Padre Ramón, como el pago de una deuda pasada y ajustada, pues todo cabe esperarlo de tan digno sugeto.

Pero a los ocho días el *Diario Catalan*, órgano como se sabe, de los Padres jesuitas é inspirado por Sarda y Salvany, publicó la retractación, y ya no nos podía caber duda alguna: Sarmiento se retractaba y los jesuitas aceptaban la retractación.

Al mismo tiempo recibimos otra confidencia, y era que el señor Cardenal Casañas había pedido al señor Gobernador civil la plaza de inspector de Higiene para el citado *Memento*. Puesta en cuarentena esta otra noticia, al día siguiente leímos en la prensa diaria que *Memento* había sido nombrado individuo de policía.

Ultimamente se nos asegura que Sarmiento ha salido con dirección a Roma. Esperamos que se confirme esta noticia y verle con las licencias ministeriales subir al púlpito con el roquete jesuita, para escribir su proceso de beatificación. Será el santo jesuita más notable y extraordinario y digno de figurar en los altares ignacianos, como modelo de continencia, sobriedad, caridad, veracidad y bondad jesuitica.

Al fin había de parar ahí. La cebra siempre tira al monte y el Padre Sarmiento siempre ha tirado.... a jesuita. Nunca debió haber salido del Instituto, en el cual, según Nocedal, fué un ángel hermosísimo. Creemos que Nocedal hablaba en italiano y quería decir el *bellissimo angelo*.... de los santos Padres. Verdaderamente: las virtudes angélicas que sacó de la Compañía y que ha exhibido por el mundo, son sorprendentes y admirables. No hay fácilmente en Roma otro *angelo*. Esperemos unos días más: cuando sepamos que el P. Sarmiento nade en la abundancia y se halle protegido por el gran poder de los jesuitas, entonces nos oirá. Mientras ha sido un desgraciado, le respetamos: cuando deje de serlo, le diremos lo que debemos decirle.

Felicitemos a la inclita Compañía mal llamada de Jesús por la recuperación de tan linda joya y al Padre Sarmiento por el acierto en la elección de su campo de operaciones.

(Del Urbión)